

Manila, 1898

- ...le metí un tiro entre los ojos, al muy pendejo.

James Hill devolvió una nerviosa sonrisa a su interlocutor. El tipo sería capaz de poner en tensión al más pintado: era un mestizo alto, demacrado, de piel oscura y largo bigote negro, que enseñaba unos dientes deslumbrantes mientras sonreía para contar con voz áspera cómo había matado a *El Griego*. Los ojos, profundos y negros, terminaban de conferirle un aspecto peligroso. Sin lugar a dudas, *El Inca* era la clase de hombre a quien nadie confiaría su vida.

-¿Y... y por qué... le mató? -preguntó James en su peculiar castellano manteniendo intacta la sonrisa, con el cigarrillo sujeto en la comisura de los labios.

-¿Por qué le maté? -repitió *El Inca* perplejo- ¿Ha oído eso, capitán? -dijo volviéndose hacia un solitario hombre que, sentado en un esquina de la taberna, apuraba inmutable un cigarro habano frente a un vaso de ron. Vestido con traje blanco, moreno, delgado, con largas patillas y una perilla esmeradamente recortada, Hill dedujo inmediatamente que se trataba de un de un capitán de barco español- ¡El jodido güero quiere saber por qué maté al *Griego*!

Súbitamente, *El Inca* movió con extraordinaria rapidez su muñeca derecha y un palmo de acero apareció en su mano. La sonrisa se heló en los labios de James y su rostro, bañado en sudor, perdió el habitual color rosado.

-Dime, -susurró *El Inca* clavando los expresivos ojos en las pupilas del aterrado yanqui- ¿Por qué no habría de matarte a ti, pendejo del diablo?

Tan sólo las zumbantes moscas revelaban algo de vida en la taberna. La media docena de clientes que se repartía por tres mesas -dos soldados acompañados por prostitutas filipinas, un chino cargado de opio y el capitán marino- permanecían en

silencio, mirando invariablemente el fondo de sus vasos, como si allá fueran a encontrar la solución a sus problemas. El americano permaneció en silencio, sin saber cómo reaccionar.

-Te he hecho una pregunta –casi silabeó el mestizo-. ¿Es que no os enseñan educación en tu país?

Involuntariamente, James Hill dejó caer su cigarrillo sobre el sucio suelo de tierra. Sólo tenía claro que no volvería a entrar en una taberna portuaria. Y que, quizá, no volviera a visitar ninguna taberna; normalmente, un hombre muerto no tiene sed.

-Por... por que yo... -acertó a balbucear- no le he hecho nada a usted... amigo...

El Inca mantuvo la amenazadora mirada. Luego, el lacio bigote se torció en una sonrisa deslumbrante y, tan velozmente como apareciera, la navaja se esfumó.

-¿Conque amigo, eh? ¡Mendoza, trae otra botella de ron! –Gritó, golpeando la barra- ...invita mi nuevo amigo...

En aquel momento un hombre alto y pelirrojo, calzado con botas de cowboy y mordiendo un cigarro, entró acompañado por un par de chicas tagalas. El hombre intercambió un gruñido a modo de saludo con *El Inca* al pasar a su lado. Luego, los tres recién llegados se sentaron en una mesa cercana a la barra.

Con una mano temblorosa, Hill extrajo su caro reloj del bolsillo del chaleco y consultó la hora. Era un hermoso reloj de plata, heredado de su abuelo. Luego se pasó un arrugado pañuelo por el cuello, recogiendo un mar de sudor. Hacía un calor pegajoso, denso, opresivo. Estaba dispuesto a inventar una vaga excusa con la hora para escapar de allí cuando, en la penumbrosa esquina, el pelirrojo recién llegado se decidió a intervenir en la conversación. Su voz sonaba como un grave murmullo, probablemente delatando una garganta constantemente lavada con ron. Sin levantar la mirada del fondo de su vaso, se dirigió a Hill en inglés:

-¿A qué ha venido usted aquí?

El Inca se revolvió hacia la voz como si le hubiera picado una serpiente.

-¡Ocúpate de tus propios asuntos, Harris! –Exclamó bruscamente- Este gringo está conmigo. No te fíes de él, -susurró dirigiéndose a James Hill- es una mala bestia.

Al joven Hill le escandalizaba que *El Inca* pudiera acusar a nadie de ser una mala persona; de hecho, si no fuera por el miedo que le daba, ya se habría alejado de él para correr a refugiarse en el cómodo hotel Sampayo.

Después de varios años en la redacción de Boston cubriendo monótonas noticias locales, cuando le ofrecieron la oportunidad de buscar una verdadera aventura en Oriente no tuvo que pensarlo dos veces. El viento llevaba, irremisiblemente, el acre olor de la guerra en aquella zona. La decrepita España y los pujantes Estados Unidos de América iban a dirimir sus diferencias en el campo de batalla... aún cuando de antemano se conocía el nombre del vencedor. Pero James Hill, redactor del *Boston News*, estaría presente en aquella histórica guerra que se avecinaba, informando a los lectores de su país del triunfo de la Libertad. Cuando entró en la sucia taberna portuaria, recién desembarcado, esperaba encontrar alguna información sobre el contrabando de armas para los rebeldes filipinos. Al principio pensó que *El Inca* le serviría, pero pronto comprendió que del mestizo peruano no sacaría nada. Quizás se llevara un navajazo, por preguntar demasiado. Sin embargo, aquel americano con aires de cowboy... al menos era un compatriota. Decidido, se acercó rápidamente hasta la oscura mesa del pelirrojo. *El Inca* dio dos pasos para alcanzarle, pero Harris levantó la cabeza y clavó sus pupilas en las del mestizo, que retrocedió respetuosamente hasta ocupar su lugar en la barra.

-Te vas a arrepentir, gringo. -masculló mientras se servía otro vaso de ron- Ya lo verás...

A un gesto del pelirrojo, las dos muchachas filipinas se levantaron y dejaron al joven periodista y a su protector a solas. El color de las pupilas del hombre era de un azul muy claro, casi glauco, y contrastaban en el impenetrable rostro como dos destellos metálicos.

-Soy James Hill, corresponsal del *Boston News* -tendió su mano, que fue brevemente estrechada por el otro-. He venido para cubrir...

-La guerra. -le interrumpió Harris, sin sacarse el cigarro de la boca- Ha venido para cubrir la guerra.

-Usted también piensa que habrá guerra, ¿verdad?

El pelirrojo apartó meticulosamente la botella de ron y se acercó lentamente a Hill, inclinándose sobre la mesa. Luego permaneció durante unos segundos en silencio, mirando con sus profundos ojos azules al periodista.

-Yo sé que estallará -respondió en voz baja- La paz firmada entre españoles y rebeldes en Biaknabató es tan sólida como el humo de mi cigarro. Y el presidente MacKinley no dejará pasar esta oportunidad de ensanchar las fronteras americanas.

James Hill sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Con torpeza se enjugó el sudor de la despejada frente con su pañuelo. No llevaba ni una hora en Manila y ya tenía una importante noticia a la vista.

-Estoy autorizado a pagar una buena información, señor...

-Harris. Keith Harris, de Wichita, Texas. Aunque ya hace muchos años que abandoné nuestro bendito país para recorrer mundo: México, Honduras, Argentina, África... hasta llegar aquí. ¿Ve usted al marino solitario de esa mesa? Es Martín Zúñiga, capitán del clíper *El Desafío*. Somos socios: nos dedicamos al comercio naval.

-¿Comercia con especies? ¿Aceite de copra, quizá?

El pelirrojo torció sus labios en una sarcástica sonrisa.

-Tráfico con armas. Y acabo de entregar un importante cargamento para los rebeldes independentistas. El gran juego está a punto de empezar.

Hill apenas pudo evitar que una sacudida nerviosa moviera todo su cuerpo. ¡Armas!. Si lograba dar aquella noticia en primicia, podría convertirse en el corresponsal favorito del pueblo americano. Quizá, tras informar brillantemente de la guerra, recibiera ofertas para dirigir alguno de los mejores diarios de Estados Unidos.

-Pero eso no es lo más importante. -prosiguió Harris.

-Ah, ¿no? ¿Quiere decir que aún hay más?

-Usted ya sabe para quién son esas armas. Pero desconoce quién las envía: miembros del propio gobierno de Madrid. Tengo documentos que implican a importantes políticos españoles en el tráfico de armas, muy interesados en que esta guerra estalle –frunciendo el ceño, dio una honda chupada a su puro- Repugnante, ¿verdad? Pero ya sabe como son estos hispanos... venderían a sus madres por un vaso de vino.

Hill no daba crédito a su suerte. Si publicaba aquello... su nombre daría la vuelta al planeta.

-Pero esas pruebas no tienen precio -dijo el periodista nerviosamente- Es decir, tienen el precio que usted considere suficiente... ahora no dispongo de mucho efectivo, pero puedo telegrafiar a mi diario para que mañana mismo hagan un ingreso en el Banco de Manila.

Harris abrió la boca para replicarle pero, desviando la mirada, apreció que *El Inca* les observaba desde la barra. El joven periodista también lo notó.

-No tengo por costumbre discutir por dinero, señor Hill. Verá, en este asunto yo ya hice mi negocio y lo cobré. Lo que les ocurra a esas sabandijas no es asunto mío, así que digamos que esto es un servicio que pretendo prestar a mi país. Pero ahora no es

prudente que sigamos hablando; aquí las paredes tienen oídos y nuestras vidas podrían correr peligro.

-Me alojo en el Sampayo -dijo Hill- Si usted quiere que nos reunamos allí...

-Soy demasiado conocido en Manila, no conviene que seamos vistos juntos.

¿Tiene hora?

Hill consultó el bonito reloj de plata de su abuelo.

-Las seis y media.

-Bien; es mejor que se marche ahora. Tras esta taberna hay un callejón poco transitado. Nos veremos allí dentro de dos horas.

-De acuerdo. -replicó el periodista mientras se levantaba para abandonar el local.

-Una última cosa: -la voz de Harris sonó queda- corren tiempos turbulentos y esta es una ciudad muy peligrosa. No debe confiar en nadie.

Justo antes de cruzar la puerta de salida, Hill volvió a sentir un escalofrío. Desde su lugar en la barra, *El Inca* continuaba mirándole con los ojos entrecerrados.

Manila resultaba muy distinta bajo las sombras de la noche. No con pocas dificultades, James Hill llegó hasta el pequeño callejón de la taberna portuaria. Un gato maulló desde algún impreciso lugar entre las sombras, provocando que el corazón del norteamericano acelerase sus latidos. Luego todo volvió a sumirse en un absoluto silencio. Tratando de calmar los nervios, James buscó un cigarro en el bolsillo de su chaqueta. Lo llevó hasta los labios con una mano temblorosa y, antes de que diera con la caja de fósforos, apareció una pequeña llama ante sus ojos. Sorprendido, Hill retrocedió dando un torpe salto. Ante él, el Keith Harris sostenía una cerilla encendida.

-Me ha asustado -reconoció el periodista con una sonrisa nerviosa, al tiempo que encendía el cigarro- No le oí llegar.

-Lo siento. -respondió el tejano, con una simpática mueca de complicidad- En mi trabajo conviene ser silencioso.

Hill exhaló una bocanada de humo y, manteniendo la sonrisa, preguntó:

-¿Ha traído los documentos?

Como toda respuesta recibió un palmo de acero en el vientre. Los ojos del periodista se abrieron desmesuradamente; era incapaz de comprender qué ocurría. Cayó de rodillas ante Harris, tratando de contener la hemorragia con las manos.

Luego, el pistolero recogió el cigarro del suelo y, sujetándolo con los dientes, vació los bolsillos de su víctima hasta encontrar el valioso reloj de plata. Sacaría una buena suma por el. El periodista, agonizante, seguía mirándole con los ojos muy abiertos... como pidiendo una explicación.

-Ya le dije que no se fiara de nadie, mister –susurró Harris mientras abandonaba el oscuro callejón.

Desde algún impreciso lugar entre las sombras, el gato volvió a maullar.